

Monasterio de Monfero. Aspecto de uno de los patios claustales.

MONFERO

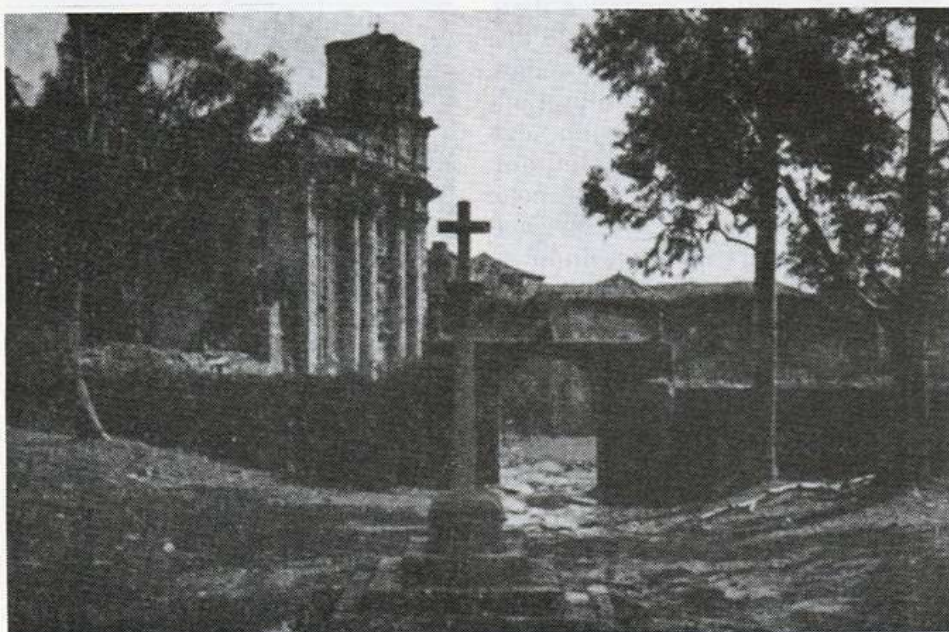
Por ISAAC DIAZ PARDO

En una quebrada de los montes que vierten sus aguas en el Lambre (1) por el norte, donde el paisaje de pinares rumorosos empieza a perderse en las sierras de

Moncouso, el viajero —que recorrió por graves corredeiras un camino que le separa media hora de la carretera más cercana— contempla a sus pies, desde el

lugar conocido por “As Parrochas”, en un profundo y maravilloso valle, impresionantemente solo, el Monasterio de Monfero. Inmediatamente nacen en la mente del viajero interrogantes, que contrastan con su admiración, pretendiendo aclarar la presencia del talento humano en este apartado rincón. En seguida se descubre también que el viajero es del siglo XX; pero ello no resta importancia a la visión de una enorme mole de piedra labrada con bellas proporciones, que se yergue señora todavía de su paisaje, que aliado con el tiempo lucha contra ella, encaramándose en sus tejados y cornisamientos, y llegando hasta su torre los dominios de la vegetación.

La curiosidad se asocia en el viajero a su admiración, y lo llevan al fondo del valle frente a la colosal fachada barroca de la basílica, con sus enormes columnas adosadas, y pilastras que lucen airosos capiteles corintios sobre fondos de almohadillada piedra y



Crucero a la entrada del famoso monasterio.

pizarra. En el interior del templo, de grandiosa nave y crucero cubiertos por bóvedas de cañón con casetones decorados —que se distinguen entre los de su clase— amplias cornisas y pilastras del más puro y sereno barroco, ponen este monumento a un paso del Renacimiento. Hay sepulcros góticos con esculturas de guerreros; hay inscripciones gallegas advirtiendo de la categoría de los personajes en ellas encerrados, “do concello do Rei”, que hablan de un pasado histórico de Galicia, y recuerdan el poder y patrocinio de los Traba, que llegaba a este cenobio, así como el de los Andrade y Moscoso.

La curiosidad corre por sacristías y salas capitulares, que se admiran por su barroco tan poco barroco; se llega, atravesando galerías derruídas, patios y salas, a un hermoso claustro de un sencillo ojival, construido en pleno Renacimiento. Posee una fuente central, y revestimiento exterior que ahoga sus primitivas luces; alza una nueva planta de un franco barroco de finales del siglo XVIII, al que también debe corresponder otro claustro menor del convento, también de dos plantas, con arcos y pilastras. Todo esto lo vé el viajero, mezclado con la naturaleza, hasta tal punto, que a veces no sabe donde termina el campo y donde empieza la arquitectura; porque los claustros tienen encima, arruinando sus costillares, tanta vegetación como el mismo campo.

El guía del viajero le informa pobremente de la historia de este solitario monasterio: el primitivo fué construido por monjes cistercienses hacia mediados del siglo XII, protegido por el conde Pedro Osorio colateral de la poderosa casa de los Traba, de cuyos vestigios apenas si se adivina alguna piedra. Se renovó el templo a fines del siglo XVI, y el convento en el primer tercio del XVII. Tuvo una riquísima biblioteca, y de él salió en el XVIII el obispo de Solsona defensor de la liturgia del Cister, Fray Agustín V. Varela.

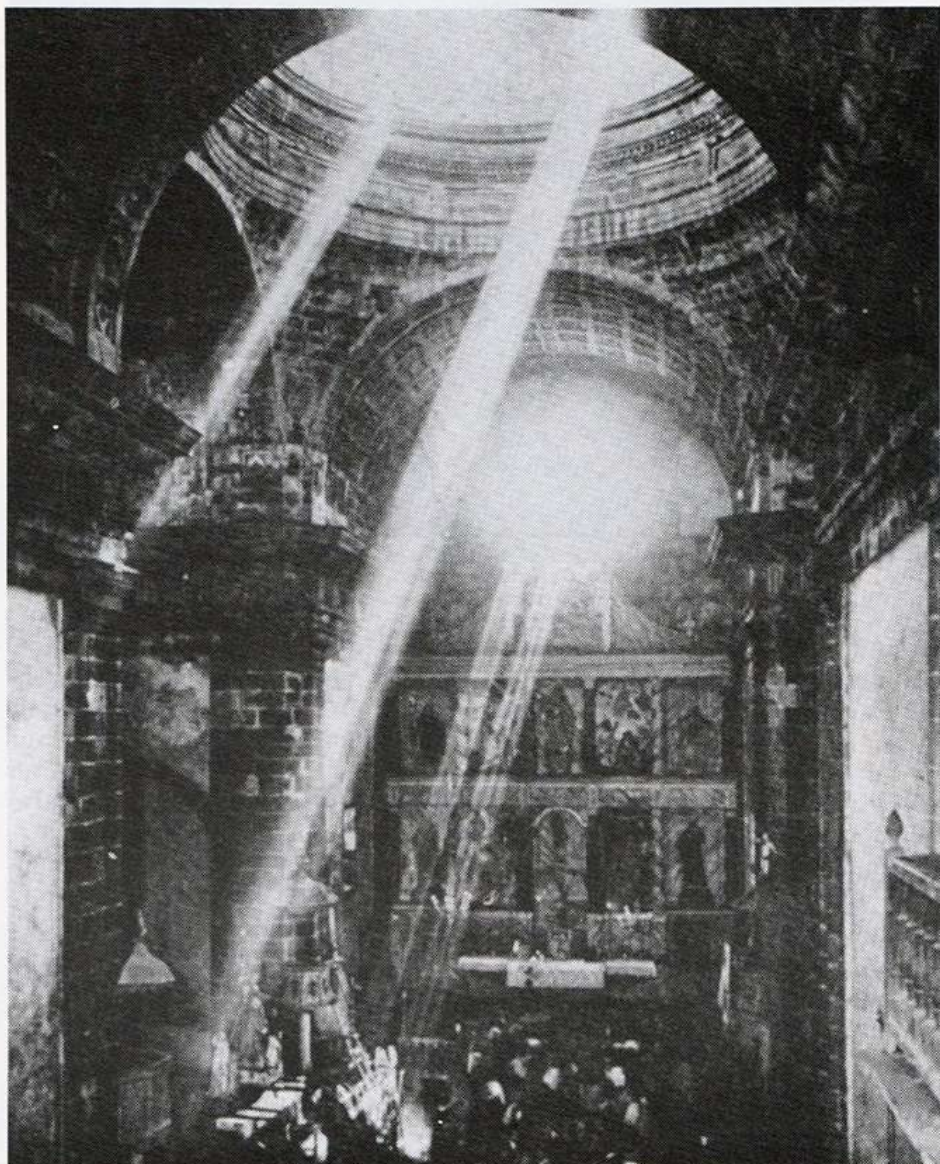
Los montes que lo amparan por el norte, conocidos por los de la

Cela, fueron el sitio donde a finales del XVI se les apareció a los monjes la Virgen sobre la que se advoca hoy el Monasterio; cuentan con bellos homónimos, con nombres de lugares que recuerdan muy directamente el latín: Altos de la Visura, Paso de Loca Ila, etc.

Ahora sabe el viajero, por este descubrimiento que a sí mismo se ha hecho, de la posibilidad de una estética refinada donde sólo creería hallar renuncia; piensa ahora sobre el valor histórico y artístico de esta colosal pieza que tantas cosas dice y que tantas cosas enseña, y siente el dolor de que un tiempo como el nuestro,

bajo su responsabilidad, vaya a desmontarla piedra a piedra, para llenar en otro lugar un vacío arquitectónico; un vacío absoluto, para el que parece no fueron suficiente ejemplo los reproches históricos al arco de Constantino. El Monasterio de Monfero, olvidado por los hombres, que han dejado crecer en su osamenta raíces que minan su fábrica, pertenece ya sólo y enteramente, a su paisaje.

- (1) Río que desemboca en la ría de Sada en “Ponte do Poreo”, a mitad de camino de Betanzos a Pontedeume.



Interior del templo del monasterio de Monfero.